

La Encíclica sobre "El desarrollo de los Pueblos" en dos reuniones de Río de Janeiro

JOSÉ MARÍA MUSTAPICH ¹

I

En la Declaración Pastoral del Episcopado Argentino del 8 de Junio de 1967, refiriéndose a la Carta Encíclica "*Populorum Progressio*", se afirmó: "*Nosotros, Pastores de la Argentina, queremos adherirnos al Padre Santo que ha querido considerarse Abogado de los Pueblos Pobres y, como tal, ha lanzado al mundo este grito de angustia y este reclamo de justicia universal, que él mismo denominó "la voz de una nueva conciencia".*"

Esa voz, que ha conmovido al Mundo, acaba de triunfar en su nobilísimo espíritu, en sendas reuniones internacionales, realizadas en Río de Janeiro.

Es así que la Organización de los Estados Americanos promovió la Primera Reunión Conjunta de Decanos de Facultades de Derecho, y el Comité Jurídico Interamericano, que consideró en sus sesiones realizadas en el Palacio Itamaratí, del 13 al 17 de Septiembre, la colaboración de esas casas de Estudio y dicho Comité, y trató la situación general de las Facultades de Derecho Latinoamericanas, frente a las necesidades del desarrollo regional y en especial en relación a la problemática jurídica, que presenta la integración económica latinoamericana.

Días después, se reunía en la misma Ciudad la Asamblea del Fondo Común Monetario y del Banco Mundial, con intervención de representantes de 107 naciones, clausurada el 29 de Septiembre pasado.

En la Primera Reunión Conjunta de Decanos de Facultades de Derecho y del Comité Jurídico Interamericano, se aprobaron las siguientes recomendaciones ².

¹ Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales de la Universidad del Salvador, de Buenos Aires.

² Ponencia presentada por el Dr. José María Mustapich.

“Considerando que:

La importancia que tienen los temas, de que trata la encíclica “El Progreso de los Pueblos” de S. S. Paulo VI, relaciona las necesidades de los países en desarrollo y en la que se expresa que éstos deben merecer, en sus relaciones con las naciones industrializadas, un trato más justo;

Que en la encíclica papal mencionada, de hondo contenido social, tiene íntima vinculación con la urgencia de adecuar las legislaciones nacionales a los requerimientos del desarrollo económico y social.

Recomienda:

a las Facultades de Derecho, estudiar los aspectos jurídicos del citado documento, a fin de ofrecer a sus países una estructura legal que corresponda a los anhelos y necesidades de sus pueblos”.

Sobre el Comercio Exterior

- X. — RECOMENDAR A LAS FACULTADES DE DERECHO LATINOAMERICANAS LOS ESTUDIOS E INVESTIGACIONES TENDIENTES A LA PREPARACION DE TRATADOS U OTROS INSTRUMENTOS JURIDICOS IDONEOS PARA LA DEFENSA EFECTIVA DE LA PRODUCCION ECONOMICA DE SUS PAISES.**
- XI. — SE DEBE TENER ESPECIALMENTE EN CUENTA QUE EL DERECHO COMUNITARIO EXIGE IMPERATIVAMENTE LA INTRODUCCION DE LAS RELACIONES DEL COMERCIO INTERNACIONAL, DE LAS REGLAS FUNDAMENTALES DEL DERECHO PRIVADO, EN CUANTO A MORAL, EQUITAD Y JUSTICIA, Y QUE “LA JUSTICIA SOCIAL EXIGE” QUE EL COMERCIO INTERNACIONAL, PARA SER HUMANO Y MORAL, RESTABLEZCA ENTRE LAS PARTES, AL MENOS, UNA CIERTA IGUALDAD”.**
- XII. — LAS FACULTADES DE DERECHO DEBEN PROPONER INSTITUCIONES QUE PERMITAN A LOS PAISES LATINO AMERICANOS ACTUAR COORDINADAMENTE EN LAS NEGOCIACIONES INTERNACIONALES, A FIN DE PRESENTAR EN LAS MISMAS, UN FRENTE UNIDO.**

A su vez, en la última sesión de la Asamblea del Fondo Común Monetario y del Banco Mundial, se comprometió a estudiar los mercados mundiales de productos básicos, tendiente a la fijación de precios remuneradores para los productos de esa índole.

El Fondo sancionó igualmente una trascendental resolución, tendiente a crear un nuevo activo internacional, los “derechos especiales de extracción”, que, al aumentar la liquidez bancaria, permitirá que los países, en vía de desarrollo, equilibren su balanza de pago y servirá de colaboración económica de los mismos.

El Presidente del Banco Mundial, Sr. George Woods, instó en esa ocasión a las Naciones Industrializadas, a que faciliten a las naciones, en vía de desarrollo, una mayor atención y ayuda. Afirmó que "cualquier sacrificio merece el compartir con los países pobres una parte realmente muy pequeña del mejoramiento en los niveles de vida, que aumentan con regularidad en los países industriales".

En esas reuniones de juristas americanos y de financistas, economistas y banqueros de todo el Mundo, han encontrado hondo eco, los apostólicos conceptos de la Carta Encíclica sobre *"El Desarrollo de los Pueblos"*, en cuanto al Comercio entre las naciones, y constituyen un enérgico alegato en defensa del desarrollo solidario de la Humanidad y de los pueblos pobres, que *"permanecen siempre pobres y de los ricos que se hacen cada vez más ricos"*.

II

En el capítulo III de la *"Declaración de los Presidentes de América"*, reunidos en Punta del Este, del 12 al 14 de Abril de 1967, se denunció que *"El desarrollo económico de la América Latina está gravemente afectado por las condiciones adversas, en que se desenvuelve su comercio internacional. La estructura de los mercados, las condiciones financieras y las acciones que perjudican las exportaciones y otros ingresos del Exterior de la América Latina dificultan su crecimiento y retardan su proceso de integración. Todo esto causa preocupación particular, en vista del grave y creciente desequilibrio que existe entre el nivel de vida de los países latino-americanos y el de los países industrializados y, a la vez, exige decisiones concretas e instrumentos adecuados para materializarlas"*. Finalmente se expresó que *"la mejora sustancial de las condiciones internacionales en que se desenvuelve el comercio exterior de América Latina, es, en la actualidad, condición fundamental para acelerar el desarrollo económico"*.

En pocas, como certeras palabras, los Presidentes de América expusieron el dilema de hierro de nuestros países: no hay posibilidad de desarrollo, sin capacidad de exportación de sus productos primarios, para adquirir, con su precio, la maquinaria necesaria para crear sus industrias manufactureras, De donde, sin una retribución justa y equitativa de sus exportaciones, su desarrollo económico es una meta inalcanzable.

Un informe del Departamento de Asuntos Económicos de las Naciones Unidas (*Relative Prices of Exports and Imports of Under Developed Countries* — N. York 1949) recogido por un economista de las Naciones Unidas, precisaba que *"desde fines del siglo XIX hasta los inicios de la Segunda Guerra Mundial, hubo una tendencia a la baja de precios en los artículos primarios, que exportaban los países subdesarrollados, en relación con los precios de los productos manufacturados que importaban, con el resultado de que, como promedio, al final de este período, que fue en los últimos años de la Gran Depresión, una cantidad dada de los primeros sólo*

podrá pagar un 60 % de la cantidad de los últimos, que podía comprar al principio. Dicho informe daba el cálculo de que el sólo cambio de un 10 % en esas relaciones comerciales, las hubiera favorecido en más de 1.500 millones de dólares al año”.

Otro estudio del mismo “Departamento de Asuntos Económicos de las Naciones Unidas” (La inestabilidad de los mercados de exportación de los países insuficientemente desarrollados — N. York 1952) denuncia que, en el período 1901 - 1950, los cambios de precio de un año a otro fueron de un promedio de 14 % y fluctuaciones de un 27 % entre la máxima y la mínima de cada año y que las bajas cíclicas de precios dieron un promedio del 27 %.

La situación para Latinoamérica se ha agravado más, no sólo por las bajas y fluctuaciones de los precios de sus productos, cuanto porque se la ha relegado en las adquisiciones, en favor de los productos africanos.

Mientras baja el poder de compra de los obreros de los países en desarrollo, en el trienio siguiente a la constitución del Mercado Común Europeo, el obrero alemán lo aumentó en el 18 %, el holandés en el 14 %, el italiano en el 10 % y el francés en el 9 %.

Las economías florecientes de los países industrializados les permiten dedicar altos promedios de su renta nacional a gastos de Educación y de investigaciones científicas, lo que, junto a su bajo porcentual demográfico, les permiten mantener eficientes condiciones técnicas y sociales. En cambio, en los países productores de materias primas, el alto grado de analfabetismo, la explosión demográfica y administraciones ineficaces, agravan sombríamente su pobreza, acicateado su resentimiento por el comunismo, que ninguna solución constructiva les ofrece y finca en la desesperación de esos pueblos, la ocasión de su dominación mundial, que los llevará a una servidumbre, política e industrial irreversible.

La Asamblea General de las Naciones Unidas, del 21 de Diciembre de 1952, en la resolución 623, recomendó: “*en donde quiera que los gobiernos adopten medidas, que afecten a los precios de las mercancías de primera necesidad, que entren al comercio internacional, deberían considerar debidamente el efecto de esas medidas en las relaciones de intercambio de países en proceso de desarrollo, con el objeto de asegurar que los precios de esas mercancías conserven una relación adecuada, justa y equitativa, en relación con los precios de los bienes de capital y otros artículos manufacturados, de suerte que permita la satisfactoria formación de ahorros internos, en los países en proceso de desarrollo, y facilite el establecimiento de justos niveles de salarios para la población trabajadora de estos países, con vistas de reducir la disparidad existente entre sus niveles de vida y los de los países altamente industrializados*”.

III

Procedentes inmediatos del notable documento pontificio fueron, principalmente, las encíclicas *Quadragesimo Anno*, *Mater et Magistra* y *Pacem*

in Terris, de Pío XI y Juan XXIII, los radios mensajes de Pío XII, así como el *Código de Moral Internacional de Malinas*, que agregan a la exigencia de justicia comunativa en el comercio internacional, el alto concepto de la justicia social, que tiende a alcanzar el bien común internacional.

En la Constitución "*Gaudium et Spes*" se expresó más concreta y severamente que "*es imposible ofrecer a las naciones, en vía de desarrollo, recursos materiales, si las normas actuales del comercio mundial no cambian gradualmente (Nº 85) y que deben crearse instituciones que promuevan y ordenen los asuntos internacionales, sobre todo con las naciones menos evolucionadas, a fin de compensar los defectos, que provienen de la excesiva desigualdad de potencial de las naciones. Así, en el trato con las naciones más pobres y más débiles, deben considerarse, ante todo, el bien de ellas, porque éstas necesitan de la ganancia obtenida por la venta de sus productos para subsistir*". (Nº 86).

El hecho importante de los pueblos "*que se esfuerzan por escapar del hambre, de la miseria, de las enfermedades endémicas, de la ignorancia, que buscan una más amplia participación en los frutos de la civilización, es observado por la iglesia, con atención. Los pueblos hambrientos interpe-lan hoy, con acento dramático, a los pueblos de la opulencia*", dice Su Santidad Pablo VI.

A ese clamor responde el Papa "*al promover el progreso de los pueblos mas pobres, al favorecer la justicia social entre las naciones, al ofrecer a los que se hallan menos desarrollados una ayuda tal que les permita proveer, ellos mismos y por sí mismos, a su desarrollo*". "*Justicia y Paz es su nombre y su programa*".

En la primera parte del documento pontificio se trata del desarrollo integral del hombre, se continúa y se acentúa aún más la doctrina social de la Iglesia, instando a los individuos a una visión cristiana del desarrollo "*que no se reduce al simple crecimiento económico, pues lo que cuenta es el hombre, cada hombre, cada agrupación de hombres, hasta la humanidad entera*".

En la segunda parte —"*Hacia el desarrollo solidario de la Humanidad*", el Santo Padre parte de la premisa fundamental que el desarrollo integral del hombre no puede darse sin el desarrollo solidario de la Humanidad.

Al deber de solidaridad (Nº 47) se agrega el deber comunitario (Nº 16 - 17). "*El hombre, dice, debe encontrar al hombre, las naciones deben encontrarse entre sí como hermanos y hermanos, como hijos de Dios*".

Las obligaciones de los pueblos más favorecidos son: "*deber de solidaridad, en la ayuda que las naciones ricas deben aportar a los países en vía de desarrollo, deber de justicia social, mejorando las relaciones comerciales defectuosas entre los pueblos fuertes y débiles, y deber de caridad universal para la promoción de un mundo más humano para todos*". (Nº 44).

En los Nº 52 y 54, el Sumo Pontífice prescribe que los acuerdos bila-

terales o multilaterales deben desarrollarse en un pie de igualdad jurídica y política, instaurando una colaboración voluntaria, una participación eficaz de los unos con los otros, con una dignidad igual, para la construcción de un mundo más humano. Para ello los derechos y economías de los países, que tienen a un bien común nacional, deben entroncarse en un derecho y una economía comunitaria que apareje el bien común internacional, lo que sólo puede conseguirse por la vía de la justicia.

La Encíclica señala que el desarrollo exige transformaciones audaces y reformas urgentes, en el orden nacional, pero con agudeza prevé que esos esfuerzos *"serían ilusorios si sus resultados fuesen parcialmente anulados por el juego de las relaciones comerciales entre países ricos y países pobres"*. (Nº 56). La integración nacional exige coetáneamente, para afirmarse de una integración internacional, que el Papa coloca no dentro de las medidas de la política o de las conveniencias circunstanciales de cada país, sino como obligación, como deber comunitario y exigencias de la solidaridad universal.

Puntualiza certeramente la Encíclica la importancia fundamental del comercio exterior de la exportación en gran escala de los productos primarios de los países subdesarrollados y de su justo precio. *"Las Naciones altamente industrializadas exportan sobre todo productos elaborados, mientras que las naciones poco desarrolladas no tienen para vender más que productos agrícolas y materias primas. Gracias al progreso técnico los primeros aumentan rápidamente de valor y encuentran suficiente mercado"*.

Por el contrario, los productos primarios, sufren amplias y bruscas variaciones de precios, muy lejos de esa plusvalía progresiva. De ahí provienen para las naciones poco industrializadas, grandes dificultades, cuando han de contar con sus exportaciones para equilibrar su economía y realizar su plan de desarrollo. *Los pueblos pobres permanecen siempre pobres y los ricos se hacen cada vez más ricos"*.

En los ordenamientos jurídicos internos, la moral, las buenas costumbres y el orden público, generalmente fijan vallas que enervan la autonomía de la voluntad, complementada con la doctrina del fin social del acto jurídico; la igualdad en los contratos y de la función social de la propiedad.

Ha sostenido la Iglesia, desde la Edad Media, la concepción religiosa y moral de la justicia conmutativa, en que sus Doctores, con Alberto el Grande y Santo Tomás de Aquino, enseñan que la *Aequitas* determina la igualdad en las convenciones, para lo que debe existir en la venta precio justo y salario justo en la locación de servicios.

En materia de convenciones, a título oneroso, la falta de equivalencia entre lo que se da y se recibe, como se ha dicho de raigambre canónica, en la gran mayoría de las legislaciones, constituye el vicio de lesión, sancionado por la ley que, en la concepción tradicional de la desproporción material de las prestaciones constituye la lesión enorme y en la concepción moderna la lesión objetiva. Salvo los Códigos del Brasil, y de Portugal,

las legislaciones actuales admiten, ya sea la fórmula tradicional o la moderna del Código Civil, art. 138 del Código Alemán, que declara nulo el acto jurídico, por el cual una persona, explotando la necesidad, la ligereza o la inexperiencia de otra, obtiene para él o para un tercero que, en cambio de una prestación, se prometa o se den ventajas patrimoniales que exceden de tal suerte el valor de su prestación, que teniendo en cuenta las circunstancias, esas ventajas sean, con relación a la prestación, de una desproporción chocante.

Estas reglas morales y civiles son las que introduce la Encíclica en el Comercio Internacional, cuando predica la justicia de los contratos, a escala de los pueblos: *"el consentimiento de las partes, si están en situaciones demasiado desiguales, no basta para garantizar la justicia del contrato y la regla del libre consentimiento queda subordinada a las exigencias del derecho natural. El libre intercambio sólo es equitativo, si está sometido a las exigencias de la justicia social. Lo que vale en economía nacional, lo que se admite entre países desarrollados, vale también en las relaciones comerciales entre países ricos y países pobres. Sin abolir el mercado competitivo hay que mantenerlo dentro de los límites que lo hacen justo y moral y, por lo tanto, humano. En el comercio entre economías desarrolladas y subdesarrolladas, las situaciones son demasiado dispares y las libertades reales demasiado desiguales. La justicia social exige que el comercio internacional, para ser humano y moral, restablezca entre las partes al menos, una cierta igualdad"*. (Nº 59 - 61).

Su Santidad advierte que *"la regla del libre cambio no puede seguir rigiendo por sí sola las relaciones internacionales, pues los precios no se forman libremente, ya que, en el mercado, son regulados unilateralmente, lo que puede llevar consigo resultados no equitativos"*.

La experiencia argentina, en materia de carnes y granos, respalda la afirmación papal, ya que el manifiesto deterioro de las relaciones comerciales internacionales, se agrava aún más por las restricciones y subvenciones, derivadas de una excesiva protección de las naciones industrializadas a su agricultura y ganadería.

Su Santidad apela también a la caridad universal, frente a un mundo enfermo por *"falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos"* (Nº 66). Invita, luego, a *"un diálogo"* entre las civilizaciones, como entre las personas, un *"diálogo sincero, creador de fraternidad"*, un diálogo centrado sobre el hombre y no solamente sobre los productos o sobre las técnicas, *"que garanticen un desarrollo, no solamente económico, sino también humano. Que cada uno se persuada profundamente que está en juego la vida de los pueblos pobres, la paz civil de los países en vía de desarrollo, y la paz del Mundo... porque el desarrollo es el nuevo nombre de la Paz"*. (Nº 73 - 55 - 87).

Finalmente la Encíclica brinda también soluciones jurídicas, políticas y económicas.

Destaca así la importancia de la planificación ya que *"los programas son necesarios para animar, estimular, coordinar, suplir e integrar"* (Nº 33), pero advierte que *"se puede afirmar que el crecimiento económico depende, en primer lugar, del progreso social; por eso la educación básica es el primer objetivo de un plan de desarrollo"* y que *"Economía y técnica no tienen sentido, si no es por el hombre, a quien deben servir"* (Nº 35 - 34).

"Necesaria para el crecimiento económico y para el progreso humano, la industrialización es al mismo tiempo señal y factor del desarrollo" (Nº 25). Exalta luego *"al trabajo que une las voluntades, aproxima los espíritus y funde los corazones... se debe tender a que la empresa se convierta en una comunidad de personas en las relaciones, en las funciones y en la situación de todo el personal"* (Nº 28).

En el orden interno aconseja el Santo Padre *"la reducción de ciertos despilfarros... todo derroche público o privado, todo gasto de ostentación nacional o personas"*, (Nº 53).

Para lograr la justicia y la equidad aconseja *"convenios internacionales de radio suficientemente vasto; éstos establecerán normas generales con vistas a regularizar ciertos precios, garantizar determinadas producciones, sostener ciertas industrias nacientes"*, (Nº 61).

La necesidad de la colaboración y de la solidaridad exige que *"los países cuyo desarrollo está menos avanzado, sabrán aprovecharse de su necesidad, para organizar sobre ello, sobre áreas territorialmente extensas, zonas de desarrollo conjunto: establecer programas comunes, coordinar las inversiones, repartir las posibilidades de producción, organizar los intercambios"*. (Nº 64). *"Los acuerdos regionales entre los pueblos débiles, a fin de sostenerse mutuamente, requiere instituciones que la preparen, la coordinen y la rijan hasta constituir un orden jurídico universalmente reconocido y llegar así, progresivamente, a instaurar una autoridad mundial que pueda actuar eficazmente en el terreno jurídico y en el de la política"*. (Nº 77 - 78).

He aquí las bases de una integración económica, de mercados comunes y de acuerdos regionales, que la O.E.A. y demás organismos latino-americanos están lenta y pacientemente elaborando.

Para ello, será menester que los estadistas, juristas y economistas, aconseja Su Santidad, superen el nacionalismo (Nº 62), *que permitirá a los pueblos pobres salir de los atolladeros* (Nº 64), *para lo que es necesario un aggiornamiento de las concepciones estrechas de la soberanía, considerando que no la afecta la concertación de tratados internacionales que, adoptados por unanimidad, hagan por ejemplo, "acelerar el proceso de conversión de la ALALC, en un Mercado Común Latinoamericano, a partir de 1970"*, como se comprometieron a hacerlos los Presidentes de América, en la reunión de jefes de Estado americanos de Punta del Este, cuya declaración, pormenorizada, recoge en lo esencial las soluciones apostólicas de la *"Populorum Progressio"* insitas en las dos referidas reuniones de Río de Janeiro, de Septiembre de 1967.